

de la administración de D. Ignacio Comonfort, como lo manifiestan las medidas tomadas por D. Benito Juárez luego que estableció su gobierno en México.

El triunfo obtenido por el general Mejía en Rioverde y las providencias que tomaba en la sierra el general Márquez á quien siguieron otros muchos gefes del ejército, hicieron pensar al gabinete de México en emprender sobre aquel punto una formal campaña, que la encomendaron á D. Manuel Doblado, quien como gobernador de Guanajuato podia disponer de grandes fuerzas y elementos bastantes, cerca del teatro de la campaña.

Esta se emprendió con 7,000 hombres, que iban á obrar sobre un ejército de ochocientos hombres dirigidos por los generales Márquez, Mejía, Olvera y Vélez y los coronales D. Ramon Méndez, Taboada Santa Cruz, Agreda y los dos hermanos Silva.

El dia 10 de Marzo ocupó Doblado con todo su ejército la plaza de Jalpan y el dia 11 emprendió la campaña, atacando al general Olvera en el puerto de los Caracoles; desde aquel momento el éxito fué desfavorable para Doblado; y sucesivamente recibió otros revces en Huamantla, el cerro de la Tinaja, el cerro de S. Juan, el puerto del Madroño y la cuesta del Huizache, donde tuvo lugar el último hecho de armas de aquella expedición en que el general Mejía hizo prisionero el batallón de infantería 3.º ligero, con cuyo golpe, Doblado quedó bastante destruido, por haber perdido en todos los encuentros como la mitad de su fuerza y todos sus elementos, determinando salir de la sierra por el rumbo de Bernal, sin haber conseguido el objeto que su gobierno le habia encomendado, que era la destrucción de los últimos enemigos que desafiaban en su triunfo á la demagogía.

Como el general Márquez deseaba que todos sus esfuerzos no fueran estériles, quiso desde luego dar á su

movimiento no solo la organizacion militar que le proporcionaran las circunstancias; sino tambien la organizacion política conveniente, para lo cual luego procuró al general Zuloaga, para que con su carácter de presidente de la República, pusiera su gobierno en la Sierra, y este acto de sumision á un gobierno establecido, diera mayor éxito á las operaciones militares.

Saliendo pues de la sierra á expedicionar por el plan de Querétaro, ocupó la plaza de san Juan del Rio donde fué vencido el coronel Marroquin y tomado un convóy de armas dirigido á D. Manuel Doblado: se dirigió luego á buscar al general Zuloaga, que se le incorporó el dia 23 de Mayo en la villa del Carbon habiéndose unido antes el dia anterior, los generales Argüelles, Negrete y Gutierrez con muchos oficiales que seguian el movimiento reaccionario. Desde aquel momento el general Zuloaga fué dado á conocer con su carácter de presidente de la República, quedando sujeto á él el mismo general Márquez que habia hecho esfuerzos para darle esa importancia á un movimiento, que llevaba por mira principal la salvacion del país, del feror demagógico.

Estando organizado ya así el gobierno reaccionario, el dia 31 de Mayo se le presentó el guerrillero D. Lindoro Cagigas conduciendo preso á D. Melchor Ocampo que habia sido ministro de Relaciones de D. Benito Juárez; y marchando el dia 3 de Junio de la Villa del Carbon para Tepeji, se interceptó un correo del gobierno de México, y entre otras cartas se tomó una dirigida al general Artéaga, en la qual se le avisaba la próxima apertura de otra campaña, y la idea del gobierno de exterminar á todos los gefes de la reaccion. En esas circunstancias el general Zuloaga ejerció el primer acto de su gobierno como presidente, mandando fusilar á D. Melchor Ocampo como reo de alta traicion, cometida en el tratado cele-

brado con Mr. Mac-Lane el Ministro de los Estados-
Unidos.

El día 4 de Junio se movió el ejército con dirección á Tula; y dando la vuelta por los llanos de Apam, en el pueblo de este nombre, se le incorporaron el general D. Felipe Chacon y algunos otros gefes, entre ellos el comandante D. Jacinto Ordoñez con una fuerza de 80 hombres bien montados. Siguiendo el rumbo de Zoltepec se dirigió el ejército á San Martín Tasmelucan, cuya plaza ocupó el día 1.º de Junio venciendo á sus defensores y tomando los elementos de guerra que habia en aquel lugar, en donde se incorporaron los generales Montañó y D. José María Cobos, español, haciéndolo ocho dias despues el general Vicario con 600 hombres que conservaba por el Sur.

La segunda expedición militar que el gobierno de Juárez pretendia mandar sobre el pequeño ejército del orden, la dividió, confiando el mando de una seccion á D. Santos Degollado, y el de la otra á los generales Valle y Berriozabal. La primera hizo su marcha con dirección á Cuernavaca, encontrándose en su camino con la fuerza del general Butron, que dió una batalla en que fué completamente derrotada la fuerza de D. Santos Degollado, cuyo gefe tuvo la desgracia de morir en ella, atravezado con una lanza. Y la segunda columna al mando del general Valle, se dirigió sobre el ejército que mandaba el general Márquez, y el día 22 de Junio se encontraron en el monte de las Cruces, exactamente en el mismo lugar donde el cura Hidalgo dió su primera batalla. Muy reñido fué el combate entre las dos fuerzas, y aunque Valle contaba con mayor número de gente y mas abundantes elementos, tenia en contra la superioridad del génio militar del general Márquez y el valor y pericia de los gefes que lo secundaban, entre quienes se dis-

tinguieron ese día, los generales Chacon y Taboada, dando todo por resultado una completa victoria para el general Márquez, que tuvo en su poder toda la fuerza enemiga, artillería, parque y cuanto mas llevaba, sin que escapara el mismo general Valle, que tambien quedó prisionero. En el diario de esta campaña en la foja 24 se leen estas palabras. «Avisado el general Zuloaga de este acontecimiento por un ayudante del general Márquez, levantó las manos al cielo, bendijo á Dios y luego decretó la muerte de Valle, diciendo *«Que lo fusilen.»*— Así se verificó, ofreciéndole antes los auxilios espirituales, que rehusó á semejanza de Ocampo.»

Es cierto con que el general Márquez dirigia todas sus operaciones, su infatigable constancia y laboriosidad así para formar su ejército ó instruirlo, como para dirigirlo en su gloriosa marcha, habian hecho que la sociedad toda tuviera su vista atenta en aquel gefe: sus enemigos, por el temor que le tenían; y la sociedad oprimida por la esperanza que concebía, pues todos sus pasos daban á conocer que seria el instrumento de que se valia la Providencia para derrocar el despotismo de la demagogia y salvar á la sociedad de la ruina que la amenazaba. El gobierno de México desde los primeros dias de su vuelta de Veracruz, habia cargado sobre él numerosas fuerzas no solo con objeto de desbaratar su pequeño ejército, sino con orden expresa de darle muerte si lo capturaban, lo mismo que á los demas gefes que lo acompañaban; y viendo que en todos los encuentros, siempre las armas liberales eran las vencidas, se pensó en otro medio de deshacerse de un enemigo tan audaz como valiente. ¡Medio infame, que es un negro borrón para la frente de quien apeló á él! Se dió un decreto declarando fuera de las garantías de la ley á los que traian las armas en la mano en contra de la demagogia; y se mandaba dar un premio

de diez mil pesos al que quitara la vida á los generales, Márquez, Mejía, y Zuloaga.

El temple de alma del general Márquez no era para intimidarse con una amenaza tan vil de parte de sus enemigos; y aquel inmoral decreto, fué contestado con otro, en que se declaró que estaban privados de los derechos legales los demagogos que sostenian la administracion de Juarez, como traidores á la patria, y trastornadores de todo orden en la sociedad; pero no se recurrió á la iniquidad, de poner un precio vil á las cabezas de los gefes demagogos ni de aconsejar en ellos un asesinato infame. Verdad es, que el general Márquez combatia sin tregua ni descanso á sus enemigos, por serlo de la sociedad; pero los iba á buscar al campo de batalla, donde como caballero y valiente presentaba su pecho á las armas de sus enemigos; y donde no se iba á usar del puñal alevoso de un asesino ruin, sino de una espada empuñada por un brazo vigoroso y que se blandia ante el fuego de los cañones de sus contrarios.

Después de la victoria del monte de las Cruces, el general Márquez contó con un ejército de cinco mil hombres, aunque no con todos los elementos necesarios; pues los quitados á sus enemigos no podian bastar á cubrir todas las necesidades; pero como de México se le hacian repetidas invitaciones para que se acercara allá, ofreciéndole que su aproximacion serviria para favorecer su movimiento en contra del gobierno de Juarez, creyó que esta era la ocasion oportuna y marchó sobre la capital el dia 25 de Junio, solo con una columna de caballería, para no exponerse á perder la infantería y artillería, en caso de que no se realizara lo que se le ofrecia.

Los ánimos estaban en la capital en la mayor alarma por la derrota de Degollado y Valle y estaban enardecidos por la muerte de los dos y de D. Melchor Ocampo;

ese dia se ocupaba el congreso de tratar esa materia; y la discusion hacia que se respirara en una atmósfera de sangre. Todos pedian venganza; todos manifestaban sed de sangre; todos pedian á gritos la muerte de los que combatian la anarquía demagógica; y la exaltacion en muchos diputados era tal, que se ofrecian ellos mismos á ir como soldados, para tener la gloria de derramar con su misma mano la sangre de sus adversarios. La sesión de ese dia en el congreso era borrascosa: el salón del cuerpo legislativo presentaba el aspecto de un mar agitado; y mas parecia que se movian allí las fuerzas, que los tranquilos y serenos ánimos de los legisladores. A esa hora se presentaba el general Márquez por la garita de S. Cosme: la noticia de su llegada se extendió por la ciudad como la luz del rayo; y cuando el diputado Mata esforzaba mas toda la venganza de su corazon para teñir sus giros oratorios con un color sangriento, penetró hasta el salon el terrible grito. «Ahí viene Márquez»..... En el momento la sangre perdió todo su calor: un espantoso pánico recorrió por todos los escaños; y á la furiosa agitacion de las olas parlamentarias, sucedió un profundo silencio.

El general Márquez penetró hasta la plaza de S. Fernando, donde resistió al ejército de la capital que lo atacó allí al mando del general Zaragoza; y viendo que no era cierto lo que se le habia ofrecido, se retiró en el mejor orden por el rumbo de Tlanepantla donde habia situado su infantería, quedándose esa noche en la hacienda de la Lechería, ocupando en seguida los lugares de Pachuca, Real del Monte y Tulancingo, donde sus armas obtuvieron nuevos triunfos y su ejército aumentó á seis mil hombres.

La actitud que habia tomado la reaccion bajo la direccion del general Márquez, hizo pensar seriamente al gobierno en los medios de combatirla, para lo cual se des-

tinó una fuerte columna de ejército con copiosos elementos, confiando el éxito á la fortuna del ministro de la guerra D. Jesus Gonzalez Ortega. A su vez, tambien los gefes del ejército de la reaccion pensaron en la conducta que debian observar para resistir el golpe que se les preparaba; y para ello, determinó el general Zuloaga con su carácter de presidente, que se tuviera una junta de guerra en la cual se decidiera lo que se debía hacer, por todos los oficiales generales de su ejército. El general en jefe, que era el general Márquez, fué de opinion que se tomara la ofensiva contra la columna que los persiguiera, y en este sentido fué apoyado por el general Gutierrez; pero el general Vicario, acostumbrado á combatir en el clima mortífero de tierracaliente, fué de opinion, que se arrastraran allá á sus enemigos; donde en las barrancas del Sur se pudiera obtener mas fácilmente el triunfo. Este parecer fué del agrado del general Zuloaga, que no deseaba combatir, y auxiliado por el general Cobos, que como extrangero, mas veía por su comodidad personal que por el bien de la nacion, fácilmente se llevaron tras de sí la opinion general; y el general Márquez, tuvo que sucumbir en esta ocasion como en tiempo del gobierno del general Miramon, siendo víctima de la disciplina militar, pues obedeció á la resolucion que se tomó en la junta, con la conviccion de su mal resultado, el cual vino á confirmarse con los hechos.

El dia 5 de Julio se emprendió la marcha por Zoltepec y el dia 7 al dirigirse el ejército á Cholula, fué ya perseguido en su retaguardia por la caballería enemiga al mando del general Carbajal, siguiendo la marcha D. Jesus Gonzalez Ortega, con el resto de su ejército. Cuando el general Márquez creyó que era oportuno presentar la batalla y que no podia seguirse la marcha sin exponer su fuerza, la mandaba contener toda para orga-

nizar su línea; pero el general Zuloaga que iba á la vanguardia se opuso á ello, y siguió el camino hasta Cholula á donde se llegó en la tarde, con bastante disgusto de muchos gefes y todos los soldados, que veian perder la ocasion de obtener un triunfo y su entusiasmo se resfriaba con una marcha penosa y sin necesidad. Y en medio de aquel descontento se siguió el camino por Atlisco, Matamoros, Huexotzingo y Jolalpam, á donde se llegó el dia 11 despues de muchas fatigas por las molestias del camino y la incesante persecucion del enemigo.

Ya para entónces pudo conocerse lo desacertado de la revolucion tomada en Tulancingo de no batir al enemigo y huir á la tierra caliente: y desde allí empezó á desmembrarse el ejército, separándose los generales Gutierrez y Montañó con sus respectivas fuerzas. El resto del ejército siguió su marcha por terrenos barrancosos y llenos de incomodidades, que lo destruian sin necesidad de que lo batieran sus enemigos: seguian las separaciones de varios gefes, siendo la mas notable la del general Taboada con un grueso considerable de fuerza: en lo demas, el desagrado hacia introducir la desunion; y todo contribuyó ó desmoralizar un ejército, que casi tenia segura la victoria, si como el general Márquez proponia en Tulancingo hubiera tomado la ofensiva.

Así se caminó hasta llegar á Jalatláco el dia 13 de Agosto, no constando ya el ejército sino de 600 infantes, en su mayor parte enfermos por el clima y las molestias de un camino tan pesado, y de 500 caballos, que casi estaban inútiles por lo estropeados. Allí fueron batidos esa noche por las fuerzas del gobierno de Juarez; y despues de cuatro horas y media de combate, el general Márquez tuvo que ceder al mayor número de sus enemigos, abriéndose paso por entre ellos, sin poder salvar sino la caballería con la cual llegó al dia siguiente á Huisquilucan,

donde lleno de desagrado por el mal éxito de aquella expedición tal como lo había previsto, hizo dimisión del mando de general en jefe del ejército, que reasumió el general Zuloaga.

Apénas hubo dejado el mando del ejército el general Márquez, determinó volver á la sierra á unirse con el general Mejía; y en esta expedición fué escoltado por la fuerza del general Herián; y como los mas gefes y soldados quisieran seguirlo, determinó hacerlo tambien el general Zuloaga.

En Ajuchitlán se unieron los gefes del Sur con el general Mejía, que sintió vivamente el mal éxito de la expedición; y conociendo, que el mayor mal que podia haber era la desunion, procuró luego la reconciliacion de los generales Márquez y Zuloaga, haciendo que el primero olvidara todos los disgustos de que habia sido víctima, y siguiera prestando sus servicios á la causa que defendia en su calidad de general en jefe del ejército; á lo cual accedió el caudillo de la reaccion, disponiendo luego una expedición por el Estado de S. Luis Potosí, para donde salió el 1º de Setiembre con una pequeña columna de caballería.

Al aproximarse á la Capital del Estado, el gobernador D. Sóstenes Escandon abandonó la ciudad tomando el camino de Zacatecas; pero informado luego de que el general Márquez ni podia ocupar la plaza por la poca fuerza con que contaba, regresó á ella y mandó al coronel Arramberri con 300 hombres de caballería para que persiguiera al general Márquez que se hallaba en los Pozos del Gármes. En la noche de ese dia que era el 6 de Setiembre se encontraron las dos fuerzas, que por la oscuridad no se reconocieron sino cuando una estaba frente á la otra; y fué tal la sorpresa de Arramberri, que apesar de que al salir de S. Luis habia ofrecido volver con el

general Márquez primero, luego que oyó la primera descarga, abandonó á sus soldados, que ninguna defensa pudieron hacer, no recibiendo orden alguna de su gefe. En aquella confusion, el subteniente Navarrete gritó en medio de sus soldados: «¡Viva la Religion! ¡Viva el vencedor de Ahualulco!» y á su ejemplo lo hicieron todos los soldados, con lo cual se acabó aquella jornada, que le dió al general Márquez un aumento en su fuerza de cosa de 200 hombres que siguieron la voz de Navarrete.

En la misma noche se siguió la marcha á S. Luis, cuya plaza estaba defendida por infantería y artillería, cuyos elementos faltaban al general Márquez para poderla atacar; de manera que solo se detuvo allí la parte de esa noche, y á la mañana siguiente siguió el camino por el norte del Estado.

Uno de los objetos de esta expedición era hacer inclinar á D. Santiago Vidaurri gobernador de Nuevo Leon á decidirse en favor del plan de Tacubaya reformado en México el dia 11 de Enero de 1858, para lo cual se le mandó una comision compuesta del coronel D. Ismael Piña y de D. Bartolomé Ballesteros, que eran de las personas mas sinceramente adictas al general Márquez y capaces de desempeñar una mision tan delicada. Esta comision, aunque luchando con graves dificultades, caminó con acierto y buen éxito: y ya fuera porque Vidaurri temiera del general Márquez una hostilidad en el Estado de su mando, ó porque en efecto se hubiera desengañado ya de que el país caminaba á su ruina en el desorden de la administracion que lo gobernaba, habia manifestado su ánimo favorable á la invitacion que se le hacia; pero en esos dias llegó á Monterey D. Ignacio Comonfort de vuelta de los Estados- Unidos, quien advertido de lo que pasaba, logró disuadir á Vidaurri de la resolucion que habia formado. Sin embargo, ofreció: que si